

LIBRO PRIMERO

LA CONSPIRACIÓN

Gabriele recorrió la Schöneberger Ufer. Cruzó el puente sobre el canal hasta la otra orilla del Spree. Se apeó ante un viejo edificio de la calle Am Blumeshof. Se adentró en la penumbra del comedor hasta encontrarse bajo la lámpara, que arrojaba sobre la mesa una mancha de luz de gas redonda y tenue. La puerta del recibidor crujió. Un buqué de flores salió a su encuentro desde la penumbra. Wadzek dijo con su voz habitual:

—Buenas tardes, buenas tardes, mi querida señorita.

Una criada vieja y encorvada ayudó a Gabriele a quitarse el abrigo.

Wadzek deambulaba por la habitación. Basculó sobre sus pies. Rodeó presuroso todos los muebles de la estancia. Aclaró la voz. Cacareó. Tenía el rostro infantil y alargado, con una barba hirsuta y rubicunda. Se acercaba a las sillas y los estantes, los olisqueaba, siempre amable, familiar, emparentado con todo. Correteaba vestido con sus mejores trapos, con las manos metidas hasta los codos en los pantalones para evitar cualquier

signo de celebración. Solo parecía sentirse bien al amparo de algún objeto, y rara vez ocupaba el centro de la estancia. Si de pronto se sentía a descubierto, regresaba a su sitio con un movimiento escurridizo y sigiloso. Cuando Gabriele logró que se sentara, él se giró sobre el asiento y buscó el contacto con los flecos del mantel. Como colgaban demasiado, tironeó de un pequeño tapete sobre el que reposaba un jarrón.

—Deje ya el jarrón —dijo Gabriele.

Molesto, él retiró el brazo:

—Estoy nervioso. Eso a nadie le incumbe. Un jarrón no puede ponerme nervioso. Un jarrón tiene que estar en su sitio.

Wadzek miró inseguro más allá de la mesa, entre las patas de la silla. Se dirigió al aparador sorteando dos cenefas de la alfombra. Había abandonado la isla.

—Señor Wadzek, ¿acaso ha venido a entretenerme con sus nervios?

—No me malinterprete por costumbre, querida señorita. Un jarrón no es irrelevante. Ocurre lo mismo con los vestidos. Si toma este jarrón... Disculpe que me aferre a este objeto. Una explicación detallada no puede más que tranquilizar, tranquilizarnos a todos, digo bien, a todos.

—Estaba hablando de mi jarrón.

—Lo mismo que con los vestidos. No se asientan, cuelgan. Se balancean. Unas veces se sube el hombro, otras se ve el corsé, otras la falda arrastra y queda demasiado corta por delante. En los de Gerson¹ todo estaba en su sitio.

—Pero señor Wadzek, no se referirá usted a mis vestidos.

—Por supuesto que no. ¿Por qué habría de hacerlo? Por supuesto que no, todo lo contrario. Es un comentario de índole

1. Referencia al pintor historicista polaco Wojciech Gerson (1831–1901).
(*Todas las notas son de la traductora.*)

general, cuya excepción usted etcétera, etcétera. Es más, en la fiesta benéfica del Hotel Bellevue yo mismo pude ver...

—¿A qué viene hablar ahora de la fiesta benéfica?

—Un comentario algo errático por mi parte. Bien mirado, dicho de pasada, en absoluto pensado de pasada. No me culparé injustamente. El primo de Schneemann me lo contó con todo detalle; es cartelista, un decorador de primera. Me lo contó con tanto detalle que puedo imaginármelo a la perfección: cómo usted, al pasar junto a la hornacina azul o verde azulado que representaba el fondo del mar, miró dentro y dijo: «¡Qué cantidad de humo!». El fondo del mar humeaba demasiado para usted. Cómo conversaba con Stawinski...

Gabriele se rio con ganas:

—¿De modo que también le habló de él?

Wadzek se detuvo, indignado:

—¿De qué me acusa? Tiene usted una forma extremadamente ofensiva de hacer preguntas. —Era asustadizo, y trató de desarmarla fingiéndose agraviado. Ella intentó que abandonara su zona de sombra; él prosiguió, inseguro—: No me entretenga con nimiedades. No lograré hacerme perder el hilo.

Gabriele permaneció en silencio.

—Niñerías —soltó él de repente—, eso son niñerías. Podría hablarle de su paso, de sus andares, de...

—¿De qué más? ¿Y qué ocurre con mis andares?

—Pero no lo haré.

—Qué nobleza de espíritu.

—Llámelo como quiera. Es una cuestión de psicología, tacto, consideración, pero no viene al caso... Ya no sé ni hablar.

Wadzek se sentó junto a la mesa, en silencio.

—¿Acaso lo he ofendido, señor Wadzek?

Él peroró con aparente frialdad y tono de cronista de periódico:

—Sin duda alguna sus andares tienen algo que hace a los hombres perder los nervios. En Lombardía, donde estuve la pasada primavera, caminan de otra manera; Milán, Turín, alrededores. Usted adelanta el pie izquierdo con parsimonia, con demasiada lentitud para lo que acostumbramos nosotros; luego le sigue el derecho y, mientras, su tronco se inclina hacia delante de un modo especial, no en línea recta, como hace ahora mi mano, cuyos dedos imitan a sus piernas. Como un fruto maduro o una fuente de fruta. Como si fuera a derramarse. También podría decir: como un recipiente lleno de agua, un acuario con peces de colores que usted balanceara al punto de hacerlo rebosar.

—Quite las manos de la mesa. Resulta usted ridículo.

Él las retiró rápidamente y las escondió bajo el mantel:

—Discúlpeme. Por supuesto. El símil ha sido algo osado; traído por los dedos, digamos.

Ella se puso en pie seria, apagada:

—Dios mío, ¡qué insulso! ¿A qué ha venido en realidad?

Wadzek se mantuvo en sus trece. Al verse derrotado recurrió al descaro:

—Seguro que Rommel está de acuerdo con la imagen de la fuente de fruta. Su cuerpo se mece como si llevase manzanas en la parte de arriba. O como si estuviera lleno de agua.

—Ahora habla con acierto de mi tripa.

—Su tripa no es un tema de conversación, señorita. Yo mismo sé que una conversación debe girar alrededor de cosas, por así decirlo, más serias. La redondez de la conversación, eso que quede claro, exige que pasemos a...

—Mi tripa.

Ambos rieron.

—Preciso de su ayuda, señorita.

—Soy toda oídos.

Él volvió a desaparecer junto a la pared:

—Así no. Con un «soy toda oídos» no puedo hablar. No quiero ofender a nadie, pero son expresiones que acaban conmigo. Me hacen perder el norte, el hilo.

—Debo pedirle algo a Rommel.

—¡Vaya maneras asesinas! —exclamó Wadzek; se detuvo junto a la estantería de libros, hinchó el rostro y sacó pecho—. No debe pedirle nada en absoluto. No de mi parte. No necesito favores. Favor por aquí, favor por allá. ¿Cómo se atreve?

Wadzek sacudió el brazo en dirección a ella. Gabriele respondió enojada:

—Le prohíbo que grite. Maldiga, sea cruel, pero no grite.

Él prosiguió, sarcástico:

—No me hará perder la calma. La calma es un regalo divino de mi difunto padre, su único legado... Necesito un favor relacionado con su amigo... Decir favor tal vez sea exagerado. Que conste que me ataca en vano con sus insultos.

—Así que un favor.

Wadzek suspiró y puso los ojos en blanco:

—¡Por el amor de Dios! ¿A qué clase de cueva he venido a parar?

Gabriele se acercó a él:

—Como se le ocurra decir una sola palabra más... —Se dejó caer sobre la mecedora—: Se presenta por sorpresa, con unos botines sin lustre y ni siquiera se pone un cuello limpio. En casa se besuquea con su mujer. ¿Qué tengo yo que ver con usted? Está abusando de mí. No se haga el sorprendido. Rommel me mantiene, usted me divierte, a veces; no soy más que la amante de Rommel. Yo me lo he buscado. Pero que me ladren como hace usted con su «¡Por el amor de Dios!», eso sí que no me lo he buscado.

Wadzek abrió de pronto la boca y los brazos de par en par:
—¡Qué terrible error! Si supiera el afecto que le tengo. Todos quienes le hemos facilitado las cosas en Berlín. Y cómo hemos aprendido a estimarla profundamente, a venerarla, querida señorita Gabriele.

Ella lo observó detenidamente:

—¿Cuántos hijos tiene?

Wadzek dio unos saltitos y se puso a manotear por lo bajo:

—A estimarla profundamente.

—Que cuántos hijos tiene.

—¿Hijos? ¿Por qué? Una.

—¿Tiene usted una hija?

—Hija, sí; una hija. Herta tiene diecinueve años; no es que sea hermosa precisamente. Ha salido a su madre.

Los ojos de Gabriele centellearon:

—Quiero conocer a su hija. ¿O tiene algo en contra?

—Herta es hija de Berlín. Así que quiere conocer a mi Herta. Esto..., naturalmente, una de esas ocurrencias repentinas. Se lo diré a ella; tengo que pensarlo, por supuesto, señorita.

—Quiero conocer a su hija.

Wadzek gritó más fuerte que ella; Gabriele debía informarle a tiempo, con tiempo, antes de tiempo, de una transacción que Rommel planeaba. La contuvo con grandilocuencia.

—Nada de compasión. Nada de limosnas. Nada de agobios.

Gabriele se mantuvo impasible, mirándose las uñas. Wadzek, en medio de la habitación, se tiraba de la barba rubia. Ella alzó la mirada.

—Naturalmente, nadie ha hablado de limosnas. Nos hacemos un encargo mutuo que ambos nos esforzaremos por cumplir con la mejor de las disposiciones.

Ya en la puerta, el hombre bajito se giró y revolvió las manos en los bolsillos del pantalón.

—En realidad se trata de...

Se pisó a sí mismo; acongojado, frunció el ceño y alzó una mirada torva hacia Gabriele.

Ella ladeó la cabeza, irónica.

—Las mujeres tienen extrañas ideas sobre algunas cosas, ¿verdad?

—Algo hay de cierto en ello. Es difícil opinar —miradas furiosas, mano en la puerta—, no se debe opinar, no se debe. Se trata del intelecto de la mujer, ese intelecto indiscriminado con el que siempre tengo que lidiar. Una cosa son los negocios, otra los negocios familiares y otra las relaciones familiares. Pero no pienso explicarlo. —Wadzek permaneció tembloroso ante ella—: ¿O sí?

Gabriele dijo:

—No sé si pedirle que me presente también a su señora esposa.

—Bueno, lo dicho... —Wadzek dio un portazo.

Schneemann era un holgazán. Wadzek lo había conocido durante una visita a la fundición de Rommel. En la ciudad había muchos como él; se costeaban pequeñas oficinas, hacían como que criticaban las sentencias del Reichsgericht en opúsculos y artículos de periódico; como médicos, eran incapaces de abrir una consulta; pero destacaban como bacteriólogos, y descubrían un nuevo bacilo tifoideo con el que figurar en el volumen 2, página 617, apartado B del registro general. Como ingeniero, Schneemann padecía ideas. Al igual que el resto de hombres de su especie, tenía una mujer inteligente y sufridora, y varios hijos. Siendo aún muy joven, en Stettin, intentó

extraer del carbón un determinado gas con un nombre difícilmente pronunciable, cosa que logró después de haber consumido el capital de su esposa en varios experimentos. Entonces una gran fábrica sacó a la luz el mismo procedimiento en idénticas condiciones; poco antes habían robado en casa de Schneemann. El ingeniero se marchó de Stettin. La mala vigilancia de la vivienda; la culpa fue de la policía, la evolución general de aquel nido de arenques. En la plaza de la estación, donde los mozos de cuerda pasaban las horas, Schneemann renegó de aquella ciudad:

—¡Malditas sean Stettin y Gotzlow, Podejuch y Pomerania entera!

Su mujer, sollozante, tuvo que arrastrarlo hacia el interior de la estación; los mozos de cuerda tuvieron tema de conversación para toda la tarde.

En Berlín se convirtió en un simple ingeniero de Rommel; pasó algún tiempo hasta que su maquinaria se hizo a la idea. Schneemann se encortezó de resquemor. Su rabia se transformó en resquemor. Sirvió, sirvió, sirvió. Poco a poco se fue oponiendo a la política liberal, leía diarios conservadores y ensalzaba al artesano y al campesino que no se dejaban humillar por los patronos de la gran ciudad. Obsequiaba a las pequeñas asociaciones de las que era miembro con improvisadas soflamas sobre el autogobierno de las ciudades. Por lo general era taciturno, y seguía urdiendo fervorosos planes, cavilando, construyendo sobre el papel. Como no tenía dónde hacer los experimentos, lo dejaba estar y se limitaba a romperse la cabeza. Era gordo, achaparrado y calvo; tenía el rostro muy ancho, vestía con esmero, era lento, meditabundo, carecía de aguante. Sus citas venían de dentro y eran de Goethe: «Sentirá su fortaleza, se diga lo que se diga»; en realidad quería decir

«bajeza» pero olvidaba mencionarlo.² En Berlín descubrió su pasión por el ejército, en el que no había podido ingresar a causa de su gordura. Sueños tenía muchos y agitados; se veía por ejemplo de pie como un antiguo romano, el escudo en el brazo izquierdo, el gladio en el puño derecho, esperando la orden de ataque. A sus hijos pequeños solía prohibirles, entre susurros, que hiciesen ruido:

—¡No golpeéis tan fuerte, no tan fuerte! Un mástil demasiado alto atrae a los rayos.

Al decirlo, Schneemann miraba a su alrededor de una forma particular.

Solía ir a jugar a los bolos con Wadzek, el director de la fábrica. Cuando surgieron los rumores de que Rommel quería absorber la empresa de Wadzek comprando poco a poco las acciones, este confió a su amigo las medidas que tomaría para impedirlo. Aquellas conversaciones afectaron seriamente a Schneemann. Su vitalismo comenzó a remitir. Deambulaba como un conspirador; sus pasos resonaban fuertemente sobre el suelo de madera. Enterrado en su cama alta y rústica, empezó a necesitar muchas horas de sueño. A veces las discusiones le afectaban tanto que acababa sumido en un estado similar a la parálisis, completamente turulato y sentado junto a un Wadzek nervioso que no dejaba de zarandearlo, ante lo cual Schneemann gruñía:

—Déjalo ya, Franz, estoy completamente de tu parte.

Por lo demás solían tratarse de usted. Aquel Wadzek mordaz y nervioso, adversario de un Rommel sojuzgador, había sido siempre el héroe de Schneemann, quien lo apoyaría contra viento y marea, como presa de una tensión convulsiva.

2. Alusión al poema *Serenidad del caminante* (1819), de J. W. von Goethe.